

ALGO MAS QUE PIEDRA

*Jesús Orta (Naborí)*

(Mensaje de Martí a la Cuba Nueva)

—¡Ya yo estaba cansado! Cansado de ser piedra,  
piedra inmóvil y muda, con el índice muerto.  
Nada más que un adorno de avenidas y parques,  
un silencio de piedra. ¡Nada más que un silencio!

· Cuando a mis pies de piedra se quedaba dormido  
un niño peregrino, descalzo y harapiento,  
yo sufría mis brazos inmóviles, de piedra,  
porque en la pétrea boca me florecía un beso  
¡y mis brazos de piedra no podían moverse  
para alzar a mis labios el ángel macilento!—

¡Ya yo estaba cansado! Cansado de mi nombre,  
cansado de mi nombre convertido en anzuelo!  
Cansado de mi nombre, manoseado estribillo  
de loros que chillaban por mayo y por enero.

¡Cansado de mi nombre!  
¡Asqueado de mi nombre en labios embusteros!  
¡Cansado de las flores con espinas  
al pie del monumento!  
¡Cansado de escritores con luz en las palabras  
y sombras en los hechos!

Jesús Orta (Naborí)

Me dolía ser piedra, ser piedra solamente,  
inmóviles los brazos, en la boca el silencio.  
Me dolía la muerte de ser un nombre propio  
porque mi vida es verbo.

Por eso fui a tocar los corazones  
como quien busca notas por un piano muerto  
y encontré teclas vivas, que vibraron  
al roce de mis dedos...

Encendí las hogueras del joven heroísmo,  
mostré a la juventud lo fúlgido, lo bello  
del rostro de la muerte; visité los presidios  
alumbrando de estrellas la noche de los presos;  
medité en otras playas mirando hacia las costas  
de Cuba, y encendiendo la luz para el destierro;  
atravesé las aguas sobre un pequeño barco  
quemando con el Himno las banderas del viento;  
desembarqué en la patria, le di un beso en la frente  
y fui montaña arriba, claramente resuelto;  
desafié los peligros dos años treinta días  
bajo un rayo constante y un continuado trueno;  
fui manigua también por las espesas barbas  
y el desbordado pelo.

Pero al fin, victorioso, bajé del lomerío  
a realizar mi sueño,  
mi sueño interrumpido y olvidado  
por los que me siguieron.

Y ya soy algo más que piedra.  
Estoy vivo y haciendo.

LIBRE Y MANIATADA ESPAÑA

Heberto Padilla

España,  
No podía dejar de recordarte  
en un momento como éste.  
bien afinados, cubanos,  
hijos tuyos.

Plantaremos el fuego alto, muy alto.  
Lucharemos hasta inundarnos de amor.  
(Todo esto que hoy tenemos  
lo hemos conquistado luchando)

No quiero abrir la puerta  
ni salir a la calle, hacia los míos,  
sin recordarte.  
(¡Cuánta dicha conocemos ahora!)  
Si no te miento voy a enrojecer  
de vergüenza.

¡Madre saqueada, recomienza..!  
Devuélveles la luz, la voz, la espada  
a los que vagan con tu nombre.  
¡Se han puesto a arder como la hulla!

América,  
tú me tragabas a fondo y yo te amaba,  
tú me arrastrabas con mi niña y con Berta  
entre las privaciones y te amaba;  
tú me ponías nombres y te amaba.

Heberto Padilla

No me sentías viajar, en los vagones del invierno,  
entre las ráfagas de luz  
de los barrios del Este, y yo te amaba.  
¿Me conocía?  
¿Me veías pasar  
desconcertado, con ensueños? ¿Me veías  
vivir buscando el canto que te ciñera?  
¿Me veías cruzar hacia los barrios del Oeste,  
con Pablo y con Maruja, hacia la plaza  
de Peter Minuit?

Deambulábamos entre tus calles  
Eso era la esperanza.  
Poco nos importaba quien nos viera.  
Andábamos con un dialecto suficiente para  
nuestros fines, como quería Henry James.  
Nadie nos vio negarte o escupirte.

Tampoco tú me viste, niña mía.  
Apareciste cuando mis horas necesitaban  
que llegaras.  
Míranos entre piedras,  
Apareciste pálida, serena,  
tan de repente acogida por mi alma,  
tan simplemente mía.  
Aún nuestra juventud era el signo feliz.  
Nos protegíamos de los pequeños  
oscuros profesores.  
Ni las lenguas ni el miedo pudieron contenernos.

Heberto Padilla

¡Cómo, de pronto, fuiste todo el amor!  
Siempre estabas conmigo.  
Mirábamos la tarde en los canales  
correr bajo los puentes  
seguida por las aguas, perderse  
en los oscuros remolinos del Hudson.  
El frío quemaba nuestros ojos, endurecía  
la yerba, hacía ásperas mis manos.  
Nos amamos en el tiempo en que debíamos sufrir.  
(No era el tiempo del amor ni el de la calma).  
Ahora aquí hay otros cuerpos.  
No te veo. Yo cruzo sitios desconocidos  
y tú te alejas en el polvo y el viento,  
mezclada a extrañas apariciones; tus dedos  
en mi abrigo prefiguran el viejo escalofrío;  
y yo camino entre las cosas, siempre  
detrás de tí, tan fina y ágil.

Y cuando cruje el deshielo,  
(sé en qué lugar estás frente a qué nieves)  
y el pescador en la niebla helada  
ve ese mundo deshecho, (vivo sobre sus viejas  
plantas como lo vimos juntos en New England),  
y la vida sigue nutriendo horror, sueño y blasfemia;  
niña mía, amor que salvo  
de la lucha y del caos, te extiendes callada  
en lo profundo,  
te agitas en mi cama, bajo mi pecho.  
Y hasta la impura condición que aviva  
nuestros cuerpos, quiere hacerse gloriosa.



## ANTOLOGÍA

---

### ELEGÍA

*Félix Pita Astudillo*

A Manuel Ascunce Domenech,  
Brigadista, asesinado por enseñar.  
A Pedro Lantigua Ortega,  
muerto por aprender.

Manuel:  
Dos minutos atrás  
y no te conocía.

Recién acabo de sentir  
tu imagen de moneda.

la voz del hombre.  
Manuel,  
Manuel,  
escucho quieto  
la voz que me susurra  
y se clava en mi herida.  
Es una voz de bronce  
para tu tierno corazón  
de fuego.  
Es la voz de tu trueno  
que reclama  
y que enciende  
estás de piedra  
mirándonos de nuevo.  
Manuel, dieciséis años  
y ya puedes ser mártir.  
Manuel, me duele el alma  
y se me escapa entera por tu herida.

Félix Pita Astudillo

Manuel, tengo tu lápiz,  
tu libro, tu cartilla,  
tengo tu sangre  
y estoy vertiendo llanto por la mía.

Es tan temprano aún  
que ni siquiera  
puedo escribir tu nombre  
en nuestros días.

Siento la voz del hombre  
que me ahoga,  
la piel de tus hermanos  
que me inspiran.

Manuel, los asesinos  
de Conrado  
te matan.  
Tu sangre, que la tengo  
es numerosa,  
es cierto.

La misma roja  
y numerosa savia,  
los mismos asesinos.

Manuel, la misma cuerda,  
la misma cobardía.

A LA PUERTA DE LA CASA DEL ENEMIGO

Félix Pita Rodríguez

Esta es la crónica de la humillación y el  
menosprecio,  
los anales de la vergüenza irremediable.  
He visto en el alba turbia vuestras siluetas  
evasivas,  
deslizándose entre la bruma, frente al mar,  
montando la guardia de la traición  
a la puerta de la casa del enemigo de la patria.

Os he visto en el alba turbia,  
lodo de una ceniza de tinieblas,  
escoria de la última jornada del desprecio.

Os he visto,  
esperando,  
a la puerta de la casa del enemigo de la patria,  
"muertos sin sepultura", en una larga fila  
alucinante,  
una frontera de ignominia triste.

Os he visto en el alba, mensajeros sombríos  
de una gran noche interminable,  
habitantes oscuros del silencio y la nada,  
bullentes larvas.

Vuestros fueron el tiempo del precio,  
y el tiempo del menosprecio,  
y el tiempo del desprecio.

## ANTOLOGÍA

---

Félix Pita Rodríguez

Vuestro fue el territorio desvalido del hombre,  
vuestro el clima del hambre con su máscara negra.  
Como árboles pequeños bajo un viento de furia  
vuestros fueron los niños que desgajó la muerte  
a la hora de la flor y de la risa.

Y vuestra capital fue el egoísmo

Os he visto en el alba, frente al mar,  
montando la guardia de la traición,  
a la puerta de la casa del enemigo de la patria.

Allí los de pequeño corazón miserable,  
acorazadas larvas de sepulcro,  
a los que duele como muerte propia  
ver entrar coronada de panes y vestidos  
a la Revolución en la casa del pobre.

Allí, en el alba turbia,  
frente al mar,  
esperando otra vez treinta monedas,  
oídme!!:

Mañana,  
cada pedazo del mundo será para vosotros  
muro de las lamentaciones,  
crujir de dientes,  
gemido de infinita vergüenza.

## ANTOLOGÍA

---

Félix Pita Rodríguez

Porque Cuba estará allá,  
en alguna parte, lejos de vosotros,  
fulgurante, nueva, limpia y fuerte  
como una flor de gloria,  
un monumento de generoso valor.

Y vosotros, sombras de aquellas filas  
turbias y ciegas  
a la puerta de la casa del enemigo de la patria,  
seréis los más huérfanos de todos los hombres del mundo,

los más pequeños,  
los más débiles y canijos,  
los últimos,  
los sobrantes inútiles,  
remiendos de hombres,  
fragmentos,  
piedras sueltas de ningún muro,  
hollín y escoria,  
los más huérfanos de todos los hombres del mundo,  
vosotros, los que en el alba triste de este día de  
diciembre

os extendíais en una larga fila alucinante,  
una frontera de ignominia triste,  
frente a la puerta de la Empajada  
de los Estados Unidos de Norteamérica.



PALABRAS PARA MAÑANA

*José Rodríguez Méndez*

a mi hija Esther

Se habla de una mano oculta  
que guía nuestros pasos en la tierra.  
Una mano estricta  
que nos castiga o premia.  
Yo la he buscado desde lejos  
y, siempre, algo como niebla  
se antepone a mi vista  
por más que dé vueltas y más vueltas.  
Pero, a veces, una simple mariposa  
parece confirmarme la presencia  
de algo misterioso  
que se ha puesto a mi alcance la belleza,  
decretando que así como es fuese mi alma  
para que yo pudiese comprenderla.

Hay dos clases de hombres:  
los que hacen facturas y que mercan  
y los que tienen la ocupación estéril  
de transformar el ocio en flores de la idea.  
Aunque, a veces, estas flores,  
de tan inocentes, nos revelan,  
como es posible aquí,  
en medio de la tierra,  
tener la luz que tiene por ejemplo,  
una estrella.

Entonces, invariablemente,  
los que hacen facturas y que mercan,  
clavan con sus manos torpes,  
en una cruz de madera,  
a quienes hablan de estas flores, como hicieron  
con aquel Jesús de Galilea.

## ANTOLOGÍA

---

José Rodríguez Méndez

Apártate hija mía de esos hombres  
con ese porte de pedante suficiencia  
que dicen con palabras del Norte  
en su metalizada jerga:  
"El tiempo es dinero".  
Los pobres, no tienen en cuenta  
esa ruda lucha que es la vida  
más allá de ganar unas monedas  
y que no nos remuerda la conciencia,  
contestando a tres o cuatro preguntas  
que no se hacen para que todas las entiendan.  
Respóndeles con palabras como éstas,  
del Sur, que no caben en transacciones comerciales:  
"Roza una abeja  
mi boca —y en mi pecho crece el mundo",  
que dijera  
alguien como Jesús, Apóstol,  
y como él también, Poeta.

Hija mía,  
quizá cuando tú puedas  
comprender estas palabras,  
mi tono, en desuso, ya no tenga  
valor entre los hombres,  
o más concretamente entre poetas;  
quizá si habrán vuelto triunfalmente,  
como en épocas pretéritas,  
aderezos, joyas y cosméticos,  
espectáculos, fanfarrias y trompetas  
y todas esas cosas  
que en estos tiempos no tienen preferencia.  
Pero de todos modos  
oye estas palabras aunque las sientas  
en tus oídos, seguramente al día,  
palabras en desuso y ya viejas,  
porque dichas son por mi corazón  
para que por el tuyo comprendidas sean.

## ANTOLOGÍA

---

### EXPLICACIONES

José Rodríguez Méndez

(Fragmento)

Aquí yo trato de explicar muchas cosas

Hay mucha gente,  
hay muchas cosas en mi fondo que trabajan  
mi tono, mi sonido de hombre.  
están mis amigos desconocidos:  
Juan Ramón (no hace falta el apellido)  
¿Dijo su palabra  
o estaba dentro de mí sin yo saberlo  
ese instante de oro,  
esa medalla de eternidad?  
Antonio Machado, que me habla claramente  
de su triste niebla  
hacia adentro, hacia adentro, hacia adentro.  
Alberti, nostálgico de mar,  
del brazo de Don Luis, "sobre los ángeles"  
y el hombre de esa hora,  
erguido, aquí en mi corazón,  
yo de su mano, contra  
los enemigos de España.  
Pablo Neruda, que llega  
a mi mesa de trabajo  
por un hueco de ladrillo derribado,  
penetrante, ácido, maduro,  
en la tierra, subterráneo, inaugurando  
minas y mares y cordilleras  
con un caballo verde en la derecha,  
Federico, escapado a tentáculos y aceites  
que conserva el necesario  
sonido de los ríos,  
el aire que respira aquella torre  
y este recuerdo mío que lo llora.  
Están:  
Moreno Villa,  
"Alonso de Quesada"



José Rodríguez Méndez

Felipe, (su inseparable  
Walt Witham),  
Juan Larrea,  
Salinas,  
Guillén,  
Aleixandre,  
Cernuda y  
Manuel Altolaguirre.

Aquí están mis amigos conocidos:  
Mirta Aguirre,  
de nítidos metales, clarísimos,  
recortada contra el cielo  
como en las películas nuevas  
para que yo me avergüence de "este sueño  
caído entre los brazos".  
Justo, que no comprende  
mi amor a los cadáveres que asustan  
a la rosa y al niño,  
que paralizan el pulso de los ángeles,  
sólo porque ayer yo fui un muchacho alerta  
para ese horizonte súbito de alondras.

En resumen: yo soy un buen muchacho  
—un poco tímido quizá—  
que busca aún una forma y color definitivos;  
pero no te asustes por esto,  
que tratándose de ti  
y porque eres "una chiquilla buena  
que no sabe defender sus situaciones",  
porque sube por mi brazo el calor de tu mano  
y mi noción del tiempo  
es el salto de tu pulso quien la informa,  
soy capaz de luchar  
con uñas,  
con sangre,  
contra todo el que ignore  
eso de los pechos cóncavos y convexos  
que se buscan a tientas.

AQUI ESTAN COMANDANTE

Elvio Romero

A Fidel Castro,  
Comandante del Pueblo.

I

Aquí están, Comandante, sobre el alba,  
resueltos a encender su valeroso  
relámpago mañana.  
(O apagar en las piedras  
llamaradas.)

Hijos son de ese ardor, de esa palabra  
justiciera que pudo calcinarles  
la sangre temeraria.  
(Resplandor y rocío  
en la mirada.)

¡Mírelos, Comandante: son la clara  
canción nacida del honor, el duro  
pueblo de sus batallas!

II

Comandante:  
estos hombres  
—levaduras de tierra, de vigilia y de ráfagas—  
ya están en sus trincheras,  
sobre las anchas flores que han visto amenazas,  
los ojos de llanura, de claror, de intemperie,  
los hombros de bandera desplegada.

Se alumbraron el rostro  
con luciérnaga y grandes marejadas,  
y no hay piedra por sierras y praderas

*Elvio Romero*

que no asieran su asombro y sus pisadas,  
capitanes de trueno y poderío,

centinelas cetrinos de su propia esperanza.

Acaso hayan dejado  
cuanto puede abrigarse en la mirada:  
la luz del patio, el sol, la sementera  
de paniego esplendor la paz de sus labranzas,  
un gesto de fervor hacia las cosas,  
la radiación del mar sobre las playas...

Ni amargor ni tristeza,  
ni sesgos de penumbra desganada  
les frunce el ceño joven, la madera  
rotunda de la cara,  
la voluntad sin tregua que les sostiene el pulso,  
la mano complacida de ejercitar la hazaña  
de quemar resp'andor de advenimientos,  
de clavar los arcones de mañana.

Aquí están, Comandante:  
hombres que sólo esperan la señal de batalla,  
la indicación de alzarse en heroísmos,  
la crucial campanada;  
desnudarán su sangre, morderán su alimento  
de sembradura brava,  
acaso habrán de alarse los labios con canciones,  
la marítima estrella sobre la frente clara.

Míreles, Comandante:  
son el orgullo erguido de su patria,  
el sol rebelde, el hierro perdurable,  
la formidable aurora de una inmensa jornada...

¿EN PRO DE QUIEN DERRAMARE MI VIDA?

*Justo Rodríguez Santos*

ATRAVESO el follaje con su prédica,  
buscó la plenitud de la fragancia,  
solicitó el concurso del rocío  
y el erguido criterio de las palmas;

olvidó la ciudad de sí vencida,  
buscó pecho y manos de labranza;  
entró en los corazones transparentes  
de los que sueñan y los que trabajan  
y avivó la humildad para que fuera  
puro el impulso y vertical el ansia.

Del pueblo organizó el honor,  
y repartí su luz de casa en casa.  
Dijo a Ciro Redondo: "Ven conmigo,  
no clames encerrado en tus entrañas.  
A la verdad subamos por la hoguera,  
y que el viento propague nuestras ascuas".

Dijo que el Centenario del Apóstol  
se había convertido en emboscada,  
y que la sangre de Martí corría,  
cobardemente herido por la espalda,  
y que era necesario dar la sangre  
para que no muriera el que sangraba.